

azotes que llagaron su cuerpo en muchas partes: el Mártir sufrió estos suplicios con resignacion y permaneció firme en la fe; entonces derramaron sal y vinagre en todas sus llagas, que dejaban ver los huesos descarnados, pero como tampoco venciese su constancia tan horrible suplicio, trajeron fuego y unas parrillas, donde le colocaron para asarle; por un refinamiento de crueldad solo exponian al fuego una parte del cuerpo; retirábanla al cabo de un rato, para que se tostase la otra, á fin de prolongar mas tiempo tan atroz tortura. Sin embargo todo fué inútil; vencedor del fuego, del dolor y del tirano, espiró el Mártir tendido en aquel espantoso lecho, sin haber manifestado el menor indicio de debilidad. Así terminó la vida del ilustre Pedro, oficial de la cámara de los Emperadores.

Desde el palacio extendióse la persecucion á la iglesia de Nicomedia, de que era obispo san Antimio, el cual recibió la corona del martirio, siendo acompañado en su triunfo por los presbíteros y demás ministros de su iglesia quienes murieron por la fe junto con toda su familia.

Los simples fieles no fueron mejor tratados que los eclesiásticos; un tercer edicto estableció jueces en los templos para condenar á muerte á los que se negasen á sacrificar; parecia haberse resuelto borrar el Cristianismo de la faz de la tierra. Con este objeto se erigieron altares en todos los tribunales de justicia, y nadie era admitido á reclamar la proteccion de las leyes que no abjurase antes la religion cristiana¹; prohibióse que el pueblo vendiese ni comprase, que sacase agua de las fuentes ni que la llevase á su casa, que hiciese moler el trigo, en una palabra, que tratase de asunto alguno, á menos de ofrecer incienso á ciertos ídolos colocados en las esquinas de las calles, en las fuentes públicas, en los mercados, etc. ¡Vanos esfuerzos de la astucia y de la barbarie! La fe quedó victoriosa, é inútilmente trataríamos de expresar con palabras el valor con que una innumerable multitud de cristianos sacrificaron su vida por Jesucristo.

Comitivas enteras de personas de toda edad y de todo sexo eran arrojadas á las llamas; unas veces eran diez mártires, otras veinte, treinta, sesenta, ochenta, entre hombres, mujeres y niños, sufriendo juntos los mas terribles suplicios. Yo mismo que escribo estas lí-

¹ Lact. De Mortib. persecutor, c. 15.

neas, dice el historiador Eusebio, he visto morir en un solo dia por el hierro y por el fuego á un número tan crecido, que sus cadáveres formaban muchos montones. Las espadas, embotadas por las muchas cabezas que habian dividido del tronco, se negaban á cortar, y cansados los verdugos se veian obligados á reposar con frecuencia para tomar aliento; y no se crea que tan sangrientas ejecuciones han sido raras, ó de corta duracion; no, han sido muy frecuentes, se han extendido por toda la tierra, y han durado muchos años con igual encarnizamiento¹.

Desde Nicomedia extendióse la persecucion á las demás provincias del imperio, así en Oriente como en Occidente. Los edictos se sucedian con la rapidez del rayo en un dia de borrasca, de modo que el cuarto se publicó á principios del año 304, mandando dar muerte á todos los cristianos, fuesen quienes fuesen, si persistian en su Religion. Los gobernadores consideraban como una gran gloria el triunfar de la constancia de un cristiano, y como la exposicion á las fieras y la decapitacion eran dolores y suplicios ya muy vulgares, empleaban todos los tormentos que es capaz de imaginar la mas desenfrenada crueldad; aplicábanse con mas cuidado en inventar otros nuevos, que á gobernar á sus pueblos, y si lograban sobrepujar á sus colegas en barbarie, quedaba satisfecha su ambicion². Todas aquellas legiones de procónsules y de magistrados romanos esparcidos por toda la superficie del globo se habian convertido en otros tantos monstruos sedientos de sangre cristiana. Algunos ejemplos nos harán formar una idea exacta de la humanidad de los gentiles.

Unos clavaban á nuestros padres de piés y manos en cruz con la cabeza hácia abajo, dejándoles morir lentamente de dolor y de hambre; otros se servian de trozos de vasos, cuyas puntas hacian entrar en todas las partes del cuerpo; con el auxilio de una máquina doblaban dos fuertes ramas de árbol y las acercaban una á otra, ataban á ella las piernas del Mártir, y euando de repente libres las ramas volvian con fuerza á su posicion natural, separaban en dos, con un dolor terrible, el cuerpo del paciente. Otros suspendidos con la cabeza hácia abajo, sobre un fuego lento y formado de ramas verdes y húmedas, eran ahogados por el humo; á otros les cortaban los piés, las manos, la nariz y las orejas, dejando que muriesen de

¹ Eusebio, lib. VIII.

² Eusebio, lib. III, c. 12.

la corrupcion que en las llagas se formaba; á otros metíanles cañas entre carne y uña; á unos les inundaban de plomo derretido; á otros les abrian el vientre y los costados, é introducian hasta en sus entrañas el hierro y el fuego. Á éstos les descuartizaban con garfios de hierro, á aquellos les precipitaban de cabeza en calderas de pez hirviendo ó les encerraban en un toro de bronce encandecido. Finalmente todo lo que la imaginacion puede representarse de mas atroz fué empleado contra las mujeres, los niños, los ancianos, los obispos y los fieles, los grandes y el pueblo.

Á veces, no queriendo los gentiles tomar el trabajo de atormentar á los Mártires uno despues de otro, les envolvian á todos en un mismo suplicio, como sucedió en Frigia: en esta provincia habia una ciudad habitada únicamente por cristianos, y Diocleciano envió sus tropas para que las sitiasen en toda forma, como si fuese una ciudad enemiga; los sitiadores arrojaron á ella gran cantidad de antorchas inflamadas, de cohetes y de otros fuegos artificiales, que en pocas horas la redujeron á cenizas, junto con todos los que estaban encerrados en ella. Hombres, mujeres y niños, todos murieron invocando el nombre de Cristo y publicando en alta voz su divinidad en medio de las llamas ¹.

Si algo igualaba al furor de los gentiles, era la alegría, de nuestros padres en la fe en medio de los tormentos y el ardor con que corrian al martirio. Apenas el juez habia pronunciado contra algunos la sentencia de muerte, cuando otros ocupaban al momento el lugar que dejaban vacío, gritando al tribunal: «Tambien nosotros somos cristianos.» Tiernos niños, tímidas vírgenes, débiles mujeres, ancianos gastados por la edad miraban sin emocion aquellas espantosas máquinas prontas á despedazar ó á magullar á los que confesasen á Jesucristo; nada era tan dulce á sus oídos como la sentencia que les condenaba á morir por el Salvador; su alegría retratábase entonces en su rostro, y su boca se abria para entonar cánticos en acción de gracias, que no cesaban de repetir hasta su último suspiro ².

Al armar el mundo entero contra los fieles, Diocleciano y sus dignos colegas creían exterminar hasta su nombre, y no sabían que nunca se encuentra el Cristianismo mas triunfante que al ver morir á sus hijos en su defensa; la heroica firmeza en medio de los tormen-

¹ Eusebio, lib. VIII, c. 15.

² Eusebio, lib. VIII, c. 11.

tos es una prueba sensible de que aquella Religion divina hace á los hombres superiores á su natural debilidad; el dedo de Dios se hace visible, y nuevas conquistas son el fruto de tal milagro. De todo ello son un ilustre testimonio el martirio de san Ciro y el de santa Julita, que Teodoro, obispo de Iconio, patria de los santos Mártires, refiere en estos términos:

«Santísimo padre ¹, me encargais en vuestra carta informaros de las particularidades del martirio de san Ciro y de su madre santa Julita, é impulsado por el vivo deseo de probaros el sincero aprecio que os profeso, he practicado varias averiguaciones, dirigiéndome á algunas personas de las primeras casas de Isauria ², á fin de obtener cuantas noticias me eran necesarias. Todas se han manifestado muy instruidas de todas las circunstancias de esa historia, y se han dignado relatármela, tal como la habian oido varias veces á los señores de Licaonia, próximos parientes de la Santa. Ved aquí, pues, lo que Marciano, persona de grande probidad y canceller del imperio ³, y Zenon, menos ilustre por el puesto que ocupa en el Consejo del Emperador que por su sabiduría y virtudes, me han referido acerca de los ilustres mártires Julita y su hijo.

«Esa señora, cuya vida fué tan pura como gloriosa su muerte, era de sangre real; las mas antiguas familias de Licaonia cifran su gloria en reconocerla por su parienta, y cada año, al llegar el dia de su fiesta, se reunen para celebrarla con una magnificencia digna de una Santa y de una nieta de reyes. La persecucion que desoló la Iglesia bajo el imperio de Diocleciano se dejó sentir por todo el mundo, y la Licaonia no fué mejor tratada que las demás provincias; Domiciano, que la gobernaba, era un hombre feroz cuyo mayor placer consistia en derramar la sangre de los cristianos, lo cual obligó á Julita á salir de Iconio junto con su hijo Ciro, que contaba entonces tres años; sin llevar consigo nada de sus cuantiosas riquezas partió para Seleucia, acompañada únicamente de dos doncellas que la servian; mas al llegar á dicha ciudad vió que peor se estaba en ella que en Iconio, pues Alejandro, que era su gobernador, era aun mas cruel que Domiciano; esto obligó á Julita á ponerse en camino para refugiarse en Tarsis, capital de Cilicia.

¹ Escribe á un obispo amigo suyo.

² Ciudad capital de Isauria.

³ Bajo el imperio de Justiniano.

«La Providencia permitió que Alejandro partiese aquel mismo día de Seleucia y tomase el mismo camino que Julita, no tardando en ser la Santa reconocida y presa junto con su hijo, que ella misma llevaba en brazos; sus criadas huyeron y se ocultaron. Alejandro subió á su tribunal y le preguntó su nombre, su país, su condicion; á lo que Julita no contestó mas que: «Soy cristiana.» Irritado el Gobernador, mandó que la separasen de su hijo, «y luego que fuese cruelmente azotada.

«El Gobernador tomó al pequeño Ciro; nada puede dar una idea de lo agradable de aquel niño; cierto aire de dignidad que anunciaba su ilustre nacimiento, junto con la dulzura é inocencia de los primeros años, interesaba en su favor á cuantos le veían. Con gran trabajo le separaron de los brazos de su madre, hácia la cual tendía los suyos del modo mas tierno, y sus miradas, sus gritos y su llanto indicaban claramente la pena que sufría por la violencia de que era objeto. Los verdugos lo presentaron al Gobernador, el cual tomándole por la mano procuraba calmarle; púsole luego en sus rodillas, intentando varias veces besarle y hacerle mil caricias; pero el niño, que no apartaba los ojos de su madre, se inclinaba fuertemente hácia ella, rechazaba al Gobernador con sus manecitas, le arañaba el rostro, le daba puntapiés en el estómago, defendiéndose, en una palabra, con las débiles armas que le proporcionaba la naturaleza. Cuando su madre en medio de los tormentos exclamaba: «Soy cristiana,» repetía al momento: «Soy cristiano,» por lo que ciego de cólera, aquella fiera, sin consideracion por una edad que mueve á compasion hasta á los corazones mas insensibles, cogió á aquel inocente por una pierna y le arrojó contra el suelo; el pequeño Mártir cayó en las gradas del tribunal, se rompió la cabeza y murió bañado en su sangre.

«Julita, testigo de tal espectáculo, dió gracias á Dios porque había coronado á su hijo antes que á ella, aumentando su alegría el furor del magistrado; por su orden fué tendida sobre una mesa, desgarráronle los costados con garfios de hierro mientras derramaban pez hirviendo sobre sus piés. Durante tan horroroso suplicio, el escribano repetía á Julita: «Sacrifica á los dioses;» á lo cual contestaba la Santa con entereza: «No quiero sacrificar á estatuas sordas y mudas; adoro á Jesucristo, Hijo único de Dios, criador de todas las cosas. Estoy impaciente por reunirme con mi hijo.» El Gobernador la condenó, por fin, á ser decapitada, ordenando ade-

«más que el cadáver de su hijo fuese arrojado al mismo lugar donde se dejaban expuestos los de los malhechores.

«Los verdugos se acercaron á Julita para cumplir la sentencia; la Santa se arrodilló, y habiendo obtenido algunos momentos, hizo esta oracion: «Gracias os doy, Dios mio, porque os habeis dignado dar á mi hijo un lugar en vuestro reino; dignaos tambien, Señor, recibir en él á vuestra siervá, á pesar de su indignidad; concededme la entrada en la cámara nupcial, como la concedisteis á las vírgenes prudentes, á fin de que mi corazon bendiga eternamente á vuestro Padre, criador y conservador de todas las cosas, á Vos tambien, Señor, y al Espíritu Santo.» En el mismo momento en que sus labios pronunciaban la última palabra, un verdugo hizo rodar su cabeza por el suelo de un solo golpe.

«Su cuerpo fué arrojado fuera de la ciudad, en el mismo lugar donde se hallaba el de su querido hijo: el dia siguiente las dos criadas salieron de su retiro y tuvieron bastante valor para enterrar en un campo vecino los santos restos de su señora y de su tierno señor. Bajo el reinado de Constantino, una de las dos criadas descubrió el lugar que encerraba tan precioso depósito, y los fieles del país se dirigieron en gran número á su sepulcro para implorar la proteccion de los santos Mártires y glorificar al Señor.»

San Ciro y santa Julita son patronos de la catedral de la diócesis de Nevers, y tambien de otras varias iglesias de Francia; debemos sus reliquias á Amatro, obispo de Auxerre, el cual despues de traerlas de Antioquia, dió una gran parte de ellas á la ciudad de Nevers. El martirio de nuestros ilustres patronos aconteció en 16 de junio del año 303 ó 304.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la victoria que concedisteis á san Ciro y á santa Julita; si su valor confunde nuestra cobardía, haced que sus poderosas oraciones nos auxilién para abandonar nuestra indiferencia; gracia que os pedimos por nosotros y por toda la diócesis colocada bajo su proteccion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero huir con horror de las malas compañías.